

Año 5  
Número 6  
Verano 2018

# Revista de Políticas Sociales

Liliana Barg

Jefa de Área de Trabajo Social y Salud Mental, Hospital Universitario de Mendoza

lilibarg@hotmail.com

Chaplin, en *Tiempos modernos*, su película de 1936, habla en imágenes de la alienación, las clases bajas, la economía, el tiempo, la revolución industrial y la lucha obrera, todo contado desde una sencillez y un minimalismo que sorprende. En su obra podemos analizar cómo la violencia, como cualquier patrón cultural, se reproduce a través del Estado, las instituciones, las empresas y las prácticas sociales.

Cada cultura tiene un tipo de violencia que le es característica. Podríamos decir que la violencia es colectiva, ya que todos formamos parte de ella, ya sea enseñándola, repitiéndola o permitiéndola. La violencia se institucionaliza, se perpetúa y se reproduce a través de los sistemas de transmisión cultural.

Cuando hablamos de violencia, estamos pensando en la irrupción desmedida, en el quiebre de lazos, en el desconocimiento del otro como tal, en la destrucción de los vínculos. Como sostiene Bauman (2005), la idea de la "seguridad" que supone que lo fundamental es cuidarse de los otros ha reemplazado a las de lazo social y comunidad solidaria.

Muchas veces el acto violento es un recurso para "hacerse ver", para demostrar que se existe en un mundo en el que se siente que no se tiene un lugar, para declararse siendo a través de una transformación del medio. Cuanto mayor sea la dificultad para tener una vida autónoma, para sentirse reconocido y con perspectivas futuras, mayores serán los riesgos de una acción violenta. A través de un acto por el que se anula la subjetividad del otro, se pasa a ser visible y se constituye como sujeto, suponiendo que "ser" y "ser mirado" sean equivalentes. Cuando alguien aparece en los medios supone que es reconocido por todos.

Para que haya violencia debe existir sumisión, daño, sufrimiento, imposición de una voluntad, dominación y sometimiento. La violencia presupone, por lo general, posiciones diferenciadas, relaciones asimétricas y desiguales de poder. Las instituciones a menudo perpetúan y reproducen un orden establecido: una jerarquía plenamente masculina, por ejemplo.

La violencia de género es resultado de este sistema de pensamiento. Pero es importante considerar lo que debilita a los hombres, lo que los precariza y los transforma en sujetos impotentes. Es también la falta de empleo, o la inseguridad cuando temen perderlo. Es la precariedad de todos los vínculos, el desarraigo en sus diversas formas, en un medio comunitario, familiar o local. En palabras de Rita Segato (2016), no es que los hombres se volvieron impotentes porque las mujeres se potencian o se empoderan, sino porque la vida se volvió precaria y los deja impotentes. Segato sostiene que el violador es alguien que tiene que mostrarse dueño en el control de los cuerpos, alguien que accede a otros cuerpos porque considera que le pertenecen. El violador de calle es alguien que tiene que demostrar a sus pares, a los otros, a sus compinches, que es capaz, que es dueño de la vida.

En el caso de la violencia contra la infancia, nos preguntamos: ¿cómo sobrevive el niño al abuso y a la omnipresencia del agresor? ¿Cuál es la posibilidad de recuperarse? Hay que tener presente que el agente potencial para denunciar la red abusiva es el propio sujeto, el niño o la niña, quienes rompen la idea de que ante el abuso son cosificados por el agresor, anulados en una pasividad total. El sufrimiento que el abuso causa en cada sujeto es individual y único, como también lo es el modo de enfrentarlo o de interactuar en esa situación. ¿Cómo se procesa subjetivamente el acto que lo o la ha victimizado? Es común que tienda a expresarse por medio de actitudes antisociales o problemas de conducta, que incluso pueden desencadenar en actos y acciones que lo o la ponen en conflicto con la ley penal.

Hay que hablar de maltrato también cuando en la sociedad, con las políticas actuales de corte neoconservador y liberal, no se satisfacen o se viola el acceso a los derechos básicos. Hay maltrato asimismo cuando hay gritos y golpes, cuando se está sujeto a la voluntad omnimoda de otro, cuando en los tratamientos se medica para tapar problemas o para no preguntarse acerca del funcionamiento de los adultos, cuando se confunde depresión con trastornos orgánicos, o cuando se supone que el modo de

contención de un niño desbordado se puede dar a través de una pastilla que solo pretende amansarlo.

Esto lleva a preguntarnos qué ocurre cuando el maltrato es generalizado –de todos los miembros de la familia y también del orden social– y la respuesta es solo de carácter punitivo o represivo, y por ende no hay nadie de quien esperar ayuda externa. Hay diferencia entre el maltrato efectuado por otros ajenos al medio familiar o efecto de situaciones sociales, o si se produjo en la propia familia. Mientras en el primer caso se inscribe como un choque violento, un acontecimiento implantado en el psiquismo como un cuerpo extraño, en el último caso, cuando se da en la propia familia o en los encargados del cuidado, se hace mucho más difícil para los niños constituir los "sostenes" internos para no ser arrasados por el maltrato. Si hay alguien que cuida, ya sea del entorno familiar o social, los niños pueden reescribir lo inscripto, tomarse de esa representación, de esa huella calmante, para rearmar una representación esperanzadora. Por el contrario, sin ayuda externa, sin acompañamiento profesional, la vergüenza, la culpa, el silencio, la incredulidad hacia los adultos, la destrucción de la autoestima, el miedo, el sentimiento de inferioridad y la depresión acaban condicionando en el plano simbólico o concreto un deseo de muerte que a veces significa la única libertad posible en un contexto de extrema tensión.

La transformación es posible y se produce a medida que las personas toman conciencia al ver otras alternativas. Es un proceso que requiere esfuerzo y rebeldía contra la injusticia y la deshumanización. En este camino se requiere identificar los obstáculos al poder, así como el desarrollo y la implementación de estrategias específicas orientadas a la reducción de los agravios. Los primeros ensayos de libertad se generan en el interior de la victimización, cuando los niños o adolescentes todavía están bajo el control de quien agrede. Cuanto más fortalecido y resistente va volviéndose el sujeto, menos se somete a la violencia y más tensión crea en los dominios de la persona que abusa y puede enfrentarla, organizando respuestas más o menos resistentes a ese sometimiento. "El desconocimiento del fenómeno, su asimilación a pretendidas 'disfuncionalidades' o patologías de carácter individual y la suposición de que el problema podría superarse solo por políticas de corte pedagógico –presentes en el discurso establecido desde el 'sentido común'– encubre el hecho mismo del ejercicio de poder en el espacio doméstico y lleva a la perpetuación de las distintas formas de dominio, fundamentalmente de padres a hijos y de hombres a mujeres" (Calveiro, 2005: 59).

Es un hecho claro que la violencia no disminuye ante una posible sumisión incondicional, ya que no hay poder sin resistencia. La falta de oposición o la parálisis no conducen a una supuesta pacificación de las relaciones de poder, sino a la aceptación del servilismo que estalla en otras formas de violencia en una u otra dirección. La resistencia en cambio encuentra caminos para desviar la violencia, para evadirla o para evitarla, tanto en su ejercicio como en su posible fundamento. La confrontación puede cortar o invertir la situación, obligando a relaciones menos asimétricas y por lo tanto menos violentas.

Sarita Amaro (2015), en su tesis de doctorado, registró siete niveles de resistencia a la victimización. El primer nivel es la *no resistencia* al abuso. Lo describe como gesto desesperado o increíblemente lúcido, como el suicidio o el intento de hacerlo, porque constituye una estrategia contra-hegemónica de liberación, de protesta o de revelación del abuso. Segundo nivel: la *supervivencia* al abuso. El ceder puede representar de forma estratégica sufrir menos, concluir antes la escena, o ganar tiempo y reunir valor para contarla. Tercer nivel: desarrollo de *conductas antisociales*. Lo que importa destacar en este nivel es que estos actos-síntomas muchas veces constituyen resistencia y actos de denuncia, y hay que saber interpretarlos. Cuarto nivel: desarrollo de *trastornos de conducta*. Se trata de conductas más graves que travesuras comunes de niños o adolescentes: vandalismo, huidas de la casa, robos, comunicación hostil u ofensiva. Pasan de sujetos en riesgo a sujetos de riesgo. Quinto nivel: el síndrome del *pequeño poder*. Se convierten de víctimas en agentes agresores, atemorizando, provocando, atacando verbal, psicológica o físicamente a otros sobre quienes tengan relativo poder. Sexto nivel: práctica de *infracciones penales*. Son reprobadas por la sociedad, pero se trata de una estrategia de resistencia de un sujeto victimizado, que con un arma en la mano o un porro en la cabeza se siente fuerte para inmovilizar a alguien, aterrorizar a un chico de una escuela o robarle a un jubilado. Séptimo nivel: *negación de la victimización* como nuevo punto de partida. Por haber sufrido malos tratos desarrollan una indignación ante toda forma de abuso y se niegan a repetir o convivir con tales prácticas. Este es el ideal de resistencia, pero se requiere un esfuerzo hercúleo para sostenerlo.

Es necesario modificar las tesis deterministas que anuncian que la violencia se reproduce siempre intergeneracionalmente, convirtiendo al sujeto victimizado en verdugo. Se puede pensar, por el contrario, que los niños o los adolescentes –o aun la mujer ante su vulnerabilidad y a

JUSTICIA  
X MABEL

X MABEL

X MABEL

LA CRISIS  
PAGAR  
CAPITAL

MARTIN  
LUTHER  
KING

BROT



veces a costa de esa condición– pueden resistir al abuso y pueden organizar respuestas. Descubrir esas estrategias de resistencia, brindarles ayuda externa, interpretar las recaídas evitando diagnósticos terminales en la intervención profesional, es posibilitar que tempranamente ese sujeto pueda encontrar caminos alternativos para revertir la situación de abuso, sosteniendo formas de vida más humanizadas y esperanzadoras, y permitiendo que afloren las verdades y la denuncia, y relaciones más durables, más responsables, más dialógicas y menos tensas.

## Bibliografía

- Amaro, S. (2015): *Niños víctimas de la violencia*. Barcelona, Nova Casa.
- Bauman, Z. (2005): *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Fondo de Cultura.
- Bourdieu, P. (2000): *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama.
- Calveiro, P. (2005): *Familia y poder*. Buenos Aires, La Araucaria.
- Segato, R. (2016): *La guerra contra las mujeres*. Buenos Aires, Tinta Limón.
- Zizek, S. (2009): *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires, Paidós.